



Non omnis moriar... HORACIO: POETA BIMILENARIO

Mariano Nava

Si bien Horacio nunca se planteó erigirse en paradigma de sabiduría de las letras romanas a la manera de un Homero o de un Hesíodo, sí se propuso desarrollar un arte con las características de equilibrio y de medida propias del más puro clasicismo grecorromano, a la vez que llenó su obra de una sapiencia profunda y vivida producto de una incansable búsqueda interior. Ello, unido a la singular historia de su vida, forjó con el pasar del tiempo una bien sustentada reputación que lo hace una de las más importantes referencias de la literatura clásica grecolatina.

«Inter silvas Academi quaerere verum»

La vida de Horacio puede resumirse en este hermoso verso de una de sus primeras epístolas,⁽¹⁾ que habla del entusiasmo con que el entonces joven poeta se dedicó a los estudios durante su estadía en Atenas, hacia el año-45. En realidad, los elementos que uno a uno se fueron añadiendo para completar su sólida formación pueden irse descubriendo desde los pri-

meros años de su infancia, cuando su mismo padre le sembrara la inquietud por la recta moral. Más tarde vino el primer contacto con la literatura en clase del gramático Orbilio, reputado como el mejor de su tiempo. Primero fue Homero, seguramente en la versión latina de la *Odisea* hecha por Livio Andrónico en versos saturninos, pero también a través de la lectura y comentario del mismo Livio y de los poetas arcaicos romanos, como Nevio o Lucilio, el poeta conoció desde muy temprano la literatura de su patria. Ello sin duda afianzó en él un fuerte sentimiento de latinidad que diferencia fuertemente su obra con la de muchos de sus helenizados contemporáneos. Finalmente, el viaje a Atenas, cuando apenas contaba veinte años, vino a reforzar el proceso de madurez que ya hacía tiempo gestaba. La capital de Grecia continuaba siendo entonces un centro intelectual de primera categoría donde se debatían sinceramente las distintas tendencias filosóficas y literarias. Allí, «entre los bosques de la Academia», Horacio debió conocer y familiarizarse con las principales corrientes del pensamiento de la época, pero ninguna ganó su corazón como el epicureísmo. Nos es fácil, después de una lectura atenta de algunas de sus *Epístolas*, comprender cómo un temperamento inclinado al raciocinio, al orden y a la medida pudo fácilmente avenirse con un sistema racional que combatía la superstición y asignaba a cada hombre un puesto digno según su naturaleza en el marco de un orden perfecto que es el universo. La felicidad, la plena libertad, la realización total de cada hombre estaba entonces en el conocimiento de esa naturaleza singular de cada uno y en la sabiduría de no pretender oponerse a sus leyes. Ello implicaba una búsqueda interior a través del rechazo de la ambición, el retiro y la reflexión, camino que sin duda emprendió nuestro poeta. Horacio, lejos de inscribirse en la tradición lucreciana, va a transitar la senda del epicureísmo desde su propia vivencia: no se trata de exponer una teoría, se trata de asumirla como opción existencial.

Algunos críticos han querido ver en sus últimos poemas señales de un cambio de las ideas epicureístas por la adopción del ideal estoico.⁽²⁾ Se trata de una discusión muy ardua que quizás no toma en cuenta ciertos factores circunstanciales de los años finales del poeta. Al término de su vida, cuando gozaba ya de la admiración de sus contemporáneos y habían muerto casi todos sus compañeros de generación, Horacio debió asumir el importante rol de guía espiritual de la juventud romana, de ser aquél que llevara a cabo la labor de elevar el espíritu nacional. Entonces su poesía se llena de alusiones a la misión providencial de Roma y sus descripciones y narraciones de antiguas creencias y dioses de la primitiva mitología romana.

Sea cual fuere la tendencia filosófica de su obra, ésta está escrita con una transparencia tal que permite observar el largo camino existencial que siguió el poeta. Un camino que lleva —bien se ajusta la metáfora— a la manera de un retorcido sendero que serpentea entre arbustos y corrientes por los bosques de la Academia, hacia el dominio de sí mismo.

«Ego apís Matinae more modoque...»

Por todo esto, Horacio tampoco encarnó el ideal platónico del poeta arrastrado por el furor y la insania. Muy al contrario, en su *Epístula ad Pisones*,⁽³⁾ declara abiertamente «*Scribendi recte sapere est et principium et fons*», como para afirmar la vertiente racional de su poesía, en la que poco hay de furor báquico.⁽⁴⁾ Esta actitud ante el oficio de la escritura, trabajosa, detallista, paciente, en la que más bien se aprecia la influencia de los teóricos alejandrinos y de su arte precioso, va a ser también uno de los elementos característicos de su obra. *Labor limae* es una frase que para siempre va a estar asociada al carácter horaciano.

Aunque sus primeras odas no contaron con la popularidad que el poeta esperaba, fueron muy bien acogidas por parte de los especialistas, que pronto quisieron ver en su talento un digno contendor romano del poeta tebano Píndaro. Si bien la posteridad ha visto en ambos los dos grandes baluartes de la lírica en la antigüedad, Horacio siempre estuvo consciente de la diferencia fundamental entre ambas poesías. En una oda singular,⁽⁵⁾ que empero es la más pindárica de todas, nuestro poeta responde a quienes le conminan a erigirse en un nuevo Píndaro, haciendo una contraposición en que lo compara con el estruendo de un torrente que baja de las montañas o con un orgulloso cisne que remonta por los cielos, mientras que él dice ser una laboriosa abeja que sale cotidianamente a libar pequeños cantos.

Por otra parte, si puede hallarse en Horacio el influjo de algún poeta griego, éste es el de los líricos monódicos Safo y Alceo, cuyos metros adaptó con éxito a la lengua latina, así como Asclepiades, de quien tomó el modelo métrico. La forma estrófica de Alceo fue utilizada por el poeta 37 veces, la de Safo 26 y la de Asclepiades 36, lo cual constituye para el poeta una verdadera razón de orgullo: «*Princeps Aeolium carmen ad Italos deduxisse modos*»,⁽⁶⁾ dice al final de su tercer libro de odas.

Por otra parte, ahora en el plano del contenido, la poesía horaciana no puede distanciarse más de la de Píndaro. Este canta las hazañas de atletas, reyes y antiguos héroes míticos. Horacio, digno contemporáneo de los elegíacos Tibulo y Propertio, se inclina en sus odas generalmente⁽⁷⁾ por temas más leves, como el amor y, sobre todo, la brevedad de la vida. En realidad, podríamos situar al poeta en un punto equidistante entre la *levitas* de los poetas elegíacos y la *gravitas* de un Virgilio.

Una importante corriente de la crítica posterior ha opinado que la contraposición entre Horacio y Píndaro representa la oposición entre lo clásico y lo romántico.⁽⁸⁾ Parece, sin embargo, preferible situar esta contraposición fuera de este plano, que implicaría una explicación acerca de la esencia de lo clásico y de su dialéctica con lo romántico, aún en plena época clásica. Si hay alguna manera de adjetivar el carácter de sus respectivas poesías con un término que no sea ajeno al ámbito de la clasicidad, éste es el de dionisiaco, que se aviene con lo pindárico, y lo apolíneo, representado por la poesía de Horacio.

«Carpe diem»

Sin embargo, no es sólo esta poesía fresca y alegre, si bien salpicada de humana sapiencia, lo único que escribió Horacio y por lo que se le concede el sitio que hoy ocupa. Hay una multiplicidad constante que debe ser asumida por todo aquél que quiera acercarse a su obra⁽⁹⁾ y que la hace, a ella como a la personalidad de su autor, mucho más atractiva. Horacio es también el escritor de las *Sátiras* (de cuyo género es principal exponente) y de las *Epístolas*. Ambas vertientes de su obra están construidas en base a una alquimia que le es particular y que las hace encantadoras: cuando el tema es grave, la descripción y el tono se hacen cercanos, frescos, tal vez hasta ligeros, siempre y cuando no se agreda el decor;⁽¹⁰⁾ pero al contrario, aún si aborda el tema más leve y superficial, su poesía va a estar —como se dijo— llena de una profunda sabiduría. Ya el mismo poeta habló de una *callida iunctura*,⁽¹¹⁾ y Nietzsche confesó con elocuencia que admiraba su «solemnidad danzarina» y su «ligereza solemne».

Este es también el tono en que se despliegan las sátiras. En realidad, aunque nuestro poeta no fue el inventor de este género, fue un importante revitalizador de esta forma litera-

ria de cuya invención se enorgullecían los romanos.⁽¹²⁾ Con Horacio, la amarga sátira luciliana se hace más suave, menos severa, más jocosa. «*Ridemtem dicere verum*»⁽¹³⁾, dice al comienzo de una de ellas, y es de esta manera como el poeta se recrea en una de sus más grandes pasiones: la filosofía moral. Mediante la pintura de los caracteres de los que Horacio se sirve, bien para escarnecer, bien para elogiar, es posible comprender mucho acerca del ambiente literario y general de esta época.

Pero Horacio en sus años finales es también el poeta nacional, el guía espiritual. Ya se ha dicho que esto influyó notablemente en el carácter de su última poesía, que consiste esencialmente en su cuarto libro de odas (llamadas por ello *Romanas*) y su libro de Epodos. Acá, tras de las míticas historias, Faunos, Ninfas y dioses Lares, se descubre una nueva faceta de la obra horaciana. Junto con otros integrantes de su ilustre generación de poetas, Horacio es uno de los protagonistas de un momento único en la historia de la literatura, un momento que sólo tuvo parangón con la Atenas de Pericles: una de esas extrañas conjunciones en que el arte coincide con la política en un mismo proyecto, en este caso el de la grandeza de Roma.

Todo esto nos revela a un Horacio embriagado de vida. Tal riqueza apreciable en la multidimensionalidad de su obra, así como de sus aspectos biográficos, nos habla de un poeta de una vitalidad extrema y no de un pensador retirado y contemplativo. En efecto, como bien nota Grimal,⁽¹⁴⁾ si hay una cualidad que resalta en la poesía horaciana esa es la de la captación del instante, la concreción del relato o de la descripción para con ello cautivarnos e introducirnos en el denso mundo de sus creencias de la fugacidad del momento y de la exhortación al goce de la vida que aquel verso con que termina

una de sus más famosas odas, y que dice: «*Carpe diem, quam minimum credula postero*»⁽¹⁵⁾. Este es, junto con el del *Beatus ille*, sin duda uno de los motivos que más han perdurado, manteniendo la perennidad y la influencia de la poesía horaciana a la vez que evidenciando la profundidad y sencillez de su pensamiento.

«*Exegi monumentum*»

Horacio murió en Roma el 27 de noviembre del año -8, cuando ya habían muerto todos sus compañeros de generación, Virgilio, Propercio, Tibulo, y su amigo y protector Mecenas. Poco antes había terminado dos de sus epístolas más influyentes: la *Epístola a Augusto*, donde hace una relación al Emperador del estado de la literatura para la época, y la *Epístola a los Pisones*, que es un verdadero tratado de arte poética, cuya influencia se proyecta desde el resto de la Antigüedad y la Edad Media hasta el Renacimiento y la Ilustración junto al tratado de Aristóteles. Nuestro poeta dejó a la posteridad una sólida obra, como él mismo, con legítimo orgullo, había previsto:

Exegi monumentum aere perennius
regalique situ pyramidum altius,
quod non imber edax, non Aquilo impotens
possti diruere aut innumerabilis

annorum series et fuga temporum.
Non omnis moriar multaue pars mei
vitabit Libitiniam... ⁽¹⁶⁾

La fama de Horacio se expandió por la posteridad ganando afectos por toda Europa. Sobre todo a partir del Renacimiento, gracias al humanista florentino Landino y su discípulo Policiano, sus poemas fueron más conocidos en Italia y fuera de ella, sobre todo en España, donde se hicieron las primeras

traducciones a lengua vulgar. Los primeros poemas líricos de inspiración horaciana se debe a Garcilaso de la Vega, quien pronto fue seguido por otros como Fernando de Herrera, si bien el más grande de los horacianos españoles fue Fray Luis de León, famoso por su versión libre del *Beatus ille*. No es de extrañar que, por esta vía, pronto la poesía horaciana ganara adeptos en el Nuevo Mundo, entre los que destaca autores de la talla de nuestro Andrés Bello.

Después de tanto tiempo, cuando ya tantas y tantas teorías y conceptos acerca de la naturaleza de la literatura y el arte han pasado por el cansado escenario de la historia, volver los ojos por un instante a la obra de los fundadores de las grandes tradiciones literarias no deja de tener un saludable efecto clarificador. En este sentido, dos mil años después de su muerte, la obra de Horacio continúa brillando como una estrella en un cielo al que muy pocos quieren mirar.

NOTAS

- (1) *Epístola II, ii, 45*. «*Scilicet ut vellem curvo dinoscere rectum / atque inter silvas Academi quaerere verum*»: «Ansioso como estaba de distinguir lo malo de lo bueno/ y de buscar entre los bosques de la Academia la verdad». En realidad dice «entre los bosques de Academo», antiguo héroe ateniense a quien estaba dedicado el jardín que solían frecuentar Platón y sus discípulos.
- (2) ver GRIMAL. *Horace*. Editions du Seuil, París, 1958.
- (3) v. 309.
- (4) Raras excepciones son aquellas odas como III, xxv: «*Quo me Bacche, rapis tui*»: Adónde me llevas contigo, Baco...».
- (5) Iv, ii: «*Pindarum quisquis studet aemulari*»: «Aquel que pretenda emular a Píndaro...»

- (6) III, xxx: «Fui el primero en llevar el canto Eolio a los versos latinos».
- (7) Como se dirá, en la multiplicidad temática horaciana el motivo de la brevedad de la vida, del goce del amor y del instante en que se produce, ello con un fuerte componente bucólico, ocupa un importante lugar. Muchos críticos han querido denominarlo «el motivo del *Carpe diem*»
- (8) ver HIGHET. *la tradición clásica*. Fondo de Cultura Económica., México, 1949, capt. XII.
- (9) ver las diferentes posiciones de la crítica en KYTZLER. *Breve diccionario de autores griegos y latinos*. Gredos, Madrid, 1989.
- (10) Con una significación predominantemente moral, Decor pasó en Horacio a designar la belleza y la elegancia estética.
- (11) *Eptstula ad Pisones* v. 48 y 242.
- (12) «*Satura tota nostra ets*», dice Quintiliano (X, i, 93).
- (13) *Sátira*, II, i, 24.
- (14) GRIMAL, op. cit.
- (15) Oda II, xxx: «Acabé un monumento más perenne que el bronce/ más alto que las pirámides levantadas por reyes/ al que la lluvia roedora ni el Aquilón impotente/ podrán demoler, ni la innumerable/ serie de los años ni la fuga de los tiempos/ No moriré del todo, sino que gran parte de mi evitará a Libitinia...» Libitinia es, en la mitología romana, la diosa de los muertos.